

¿Por qué cuelga un trapecio del techo de un instituto de bachillerato?

TEXTO ANTONIO ITURBE FOTOS MARTA CALVO

El circo está hecho con la misma materia con que se moldea la literatura. No deja de ser otra cosa que un relato de fantasía donde el narrador viste un traje rojo con chistera, los signos exclamativos se sustituyen por redoble de tambores y las palabras, por magos o trapecistas o payasos que lloran lágrimas como regaderas. La del circo es una escuela de imaginación y de esfuerzo, de fanfarría y de sufrimiento. Alguna célebre franquicia se ha apropiado de la etiqueta “circo” para bautizar sus lujosos espectáculos de acrobacia, coreografía y luces digitales. Pero es difícil franquiciar el espíritu de sacrificio del artista de circo. El veterano artista Jorge Videla –cuarta generación de los Videla– no es amigo tampoco de esos circos dirigidos por empresas y dice que “dormir en una casilla rodante, pasar frío, calor, la lluvia, el barro. Andar en caravana. Eso es el circo”.

La Central del Circ, un espacio de entrenamiento, ensayo y formación continuada para artistas de circo, ha abierto, con el apoyo de la Obra Social “la Caixa”, una pequeña sucursal dos veces a la semana en el barrio portuario de Barcelona, donde tienen un elevado índice de población inmigrante y preocupación por los problemas de exclusión social. Para saber qué tiene que ver el circo con las clases de un instituto de Bachillerato, hay que irse hasta la Barceloneta, que ha sido tomada en los últimos años por un turismo bullicioso de tanga y chancleta que ha cambiado su fisonomía de barrio obrero de pescadores, operarios del muelle y trabajadores de los astilleros Vulcano. El Institut Salvat–Papasseit lleva el nombre del poeta de los caligramas, que convertía las poesías en metáforas visuales ordenando las palabras como reatas de hormigas o siluetas de barco.

La sesión del proyecto circense se desarrolla en el gimnasio del centro. Uno ya había olvidado que los verdaderos gimnasios no son esos lugares de salas con paredes de

cristal llenos de máquinas brillantes, pantallas de plasma y jacuzzi donde sudar queda poco elegante. Los gimnasios de verdad son salas desnudas con espaldaderas de madera y colchonetas desgastadas. Las chicas y chicos del grupo no llevan siquiera ropa de deporte o especial, sino su propia ropa de calle. Y me hace pensar en la tontería tamaño XXL que le ha dado ahora a todo el mundo de ir a hacer gimnasia uniformados y gastando mucho dinero: para correr hay que llevar una camiseta autotranspirable, unas deportivas con doble cámara de aire, el chip para medir la velocidad... Parece que nos hemos olvidado de que para correr solo hacen falta piernas. En vez de fatigar los músculos fatigamos la tarjeta de crédito. Aquí no hay parafernalia ninguna. Todo es sencillo. El único lujo es, al fondo de la sala, colgando del techo, un solitario trapecio. Él solo, una letra U de metal y dos cuerdas, tiene el poder de convertir ese gimnasio en una carpa de circo.

Me recibe con una sonrisa el integrador social del instituto, Rubén Sapinya. Me cuenta que el centro incluye, a través del programa APDICUM de Aplicación Dinámica del Currículo, asignaturas no académicas dentro del currículo escolar: “Organizamos talleres pre-laborales. Exploramos y aprendemos cosas más prácticas que estar sentados en el aula”. Un centro de ambiente multicultural en un barrio modesto me hace pensar en Rubén Sapinya como en el esforzado profesor de *Rebelión a las aulas*, pero con sudadera de los Ramones. A veces, los currículos que diseñan unos pedagogos en unos confortables despachos administrativos no se adaptan a la vida en vivo y en directo con la que han de lidiar los profesores y educadores a pie de calle. “Este taller de circo es importante, sobre todo, por lo que les proporciona en autoconfianza”.

Son un grupo de doce chavales entre 12 y 14 años, y de seis nacionalidades diferentes. Parecen muy distintos entre sí, pero en realidad son muy iguales, mirando de reojo la





edad adulta que se les viene encima. Al frente de la clase está la artista circense y formadora Andrea Martínez. Primero, unos ejercicios que parecen juegos. O son juegos que ayudan a que calienten los músculos entre risas. En grupos de cuatro, uno agacha la espalda y hace de mesa. El otro hace media rueda espalda con espalda y pasa a hacer de mesa para que sea otro el que ruede sobre él. En una de esas ruedas, una de las chicas pierde el equilibrio y cae sobre la colchoneta. Rápidamente, la profesora se acerca y señala la razón: no ha sido fallo de la que ha caído, sino de los otros dos, que en ese momento no hacían el ejercicio y estaban varios pasos alejados. “Si estáis a distancia no podéis ayudar, no podéis acompañar el movimiento del compañero”. Rodar cadera con cadera es importante, pero lo más importante es colaborar.

–La historia está en perseguir a la persona en la colchoneta, pero no se puede tocar ni pasar por encima de la colchoneta –les indica Andrea.
 Hay en el gimnasio un guirigay de voces, de risas, de carreras. Sería más fácil imponer una disciplina rígida. Dejar que la energía de una docena de adolescentes fluya sin que se desmadre es un reto. Pero Andrea lo asume. Hay en ella y en Rubén una manera de disciplinar que se basa menos en la orden que en la mirada cómplice, menos en

regañar y más en animarlos a continuar. En uno de los ejercicios practican la palanca con las plantas de los pies para propulsar al otro. Me recuerda a las cosas extraordinarias que hace Leo Bassi, gran “antipodista”, no solo por su talento para llevar la contraria a los poderosos, sino por su habilidad como malabarista con los pies, capaz de mover enormes bidones a velocidad de vértigo.

Al paso de la clase, los ejercicios van siendo más complejos: “Ahora vamos a pasar a las figuras acrobáticas”. Andrea les muestra cómo subirse encima de los hombros del compañero apoyando los pies en las clavículas y tomándose de las manos del portador de cierta manera. Andrea hace de portadora y sube a uno de los chicos. –Ahora te voy a soltar las manos y te voy a tener cogido por los gemelos.

El chico ríe nervioso:
 –¡Me voy a matar!
 –Confía en mí.

Y confía. Suelta las manos. Andrea lo agarra por las pantorrillas. No cae. Forman una torre humana esbelta. Sonríe. Los chicos empiezan a practicar y levantar sus torres humanas. El de abajo tiembla por el peso. El de arriba tiembla más. Pero todos lo hacen, con mayor o menor pericia. Incluso uno algo vagoneta que se hace el

remolón; con una sonrisa afectuosa, Rubén se acerca y le dice: “Si no lo quieres hacer por mí, hazlo por tu compañera”. Lo hace. Una de las chicas más elásticas cuando está encima de su compañero incluso abre los brazos de manera majestuosa, como si estuviera en la pista del Circo Ringling.

–¡Bravísimo! –aplaude Andrea.

Después, utilizan las colchonetas como un despacho y revisan las fichas de las figuras para que cada grupo trabaje la suya. Construyen esculturas humanas con sus cuerpos y consiguen buenos cuadros. Uno de los muchachos es un rubiete eléctrico. Cuando acaba su ejercicio, se lanza en plancha sobre las colchonetas del otro extremo de la sala como si se tirase a una piscina olímpica. Tiene aire de acróbata. Tal vez acabe siéndolo. Aunque esta actividad no tiene como objetivo formar artistas profesionales, su objetivo es aún más ambicioso: se trata de formar personas.

Al acabar, Andrea está cansada pero sonríe. Lograr que no se dispersen doce adolescentes a los que se les abre la válvula de la disciplina de estar sentados en una silla

no es sencillo: “No es fácil saber jugar con su energía. Yo he de conseguir que se desinhiban, pero a la vez los he de conducir”. Porque de lo que se trata “es de usar el circo para educar en valores: la cooperación, la solidaridad”. Le pregunto qué descubren esos muchachos haciendo torres humanas y entrenando la destreza acrobática: “Muchos llegan con muchas dudas. Pero se sorprenden de lo que son capaces de hacer”. Le pregunto cuál sería para ella el éxito del proyecto. Sonríe con un punto de melancolía: “Llegar con el grupo hasta el final”. Explica Rubén –también con un punto de tristeza– que un chico acababa de dejarlo porque había abandonado el instituto, no iba a volver a estudiar más. Andrea se disculpa porque ese día, por el esquema de clase, no han hecho muchas acrobacias. A mí me parece una acrobacia fantástica traer los valores de esfuerzo y fantasía del circo al aula de un instituto donde los profesores son equilibristas. ●

Proyecto con la colaboración de:

